

VIOLENCIA EN LA CULTURA

RIESGOS Y ESTRATEGIAS DE INTERVENCIÓN

Ps. ORIANA VILCHES ALVAREZ
EDITORA



© Sociedad Chilena de Psicología Clínica, 2000
Inscripción N° 113.366
ISBN 956-7165-009

Prohibida su reproducción
sin previa autorización de su editor

texto compuesto en tipografía Times 10/12

Se terminó de imprimir esta primera edición
en *Gráfica Funny S.A.* (tel. 222 4424)
en el mes de junio de 2000

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

SOCIEDAD CHILENA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

Violencia agresiva y violencia ideológica en la fenomenología humana

Dr. Jorge Barudy

INTRODUCCIÓN

Este texto pretende compartir con ustedes el modelo explicativo de la emergencia de la violencia en los sistemas humanos. Las ideas que lo constituyen son el resultado de una práctica clínica con víctimas y productores de violencia. La fuente de mis experiencias es el resultado de mi quehacer terapéutico, por una parte, con refugiados políticos víctimas de diferentes formas de violencia organizada, y por otra, con víctimas y perpetradores de violencia intrafamiliar.

Mi trabajo lo he podido realizar en el marco institucional del Colectivo Latinoamericano de trabajo psicosocial que desarrollo desde 1976, el Programa de Salud Mental dirigido a los refugiados políticos latinoamericanos en Bélgica, que luego se transformó en el Centro EXIL, Centro Médico Psicosocial para refugiados políticos y víctimas de la tortura. Mi trabajo con personas implicadas en situaciones de maltrato infantil y violencia conyugal lo he llevado a cabo en el seno del programa de prevención y tratamiento del maltrato infantil de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica, a través de su centro S.O.S. Enfants-Familles.

Mis experiencias se enriquecieron con el resultado de mi trabajo como supervisor de equipos que trabajan en este campo y como consultante de programas en América Latina, Francia y España. Por esto, este texto debería leerse a menudo en "nosotros", en la medida que mis ideas son el resultado de un trabajo asociativo y colectivo.

Por otra parte, a medida que los lectores avancen en la lectura de este texto, rápidamente se darán cuenta que mi interés por comprender e "intervenir la violencia humana" es parte de mi proceso de reconstrucción de mi propia condición de víctima y sobreviviente de una situación de violencia. En efecto, pertenezco al grupo que gracias a sus recursos personales y familiares, sobre todo la solidaridad grupal de otros presos políticos, logró sobrevivir a la cárcel, la tortura y el exilio impuestos por la dictadura militar que sumergió a

nuestro país en una noche oscura que duró 17 años. A partir de esa experiencia, una parte de mi identidad es: la de "sobreviviente" de esta catástrofe ecológica de carácter humano, que transformó nuestro país en un sistema abusador y maltratador. Esto explica mi testardez por mantener la memoria testimoniando el dolor y el sufrimiento, pero también el amor, la solidaridad, el coraje de muchos otros que fueron cobardemente asesinados después de horas interminables de humillación y tortura; ellos no pueden estar aquí, pero son parte de nuestra memoria. Los que sobrevivimos, los que aún tenemos el privilegio de estar vivos, no dejaremos nunca de pensarles, de recordarles, de mantenerlos vivos, denunciando al mismo tiempo la cobardía de los responsables de su martirio, así como la de aquellos que por diferentes razones les reducen al silencio y al olvido.

Mi condición de viviente me impulsa a multiplicar "mi corporalidad" para que ellos sean parte de nuestra memoria, no para que vivamos sumergidos en el horror del pasado ni en el odio a los responsables, sino para que los hagamos vivir en nuestra reflexión y práctica cotidiana destinada a luchar por la justicia y hacer todo lo posible para que estas tragedias violentas no vuelvan a ocurrir.

UN MODELO ECOSISTÉMICO EN LA EXPLICACIÓN DE LA VIOLENCIA

La violencia traduce un trastorno fundamental de la condición humana, un contrasentido radical de la naturaleza biológica, social y "conversante" del animal humano. Cuando esta violencia emerge en la familia, el contrasentido es mucho más profundo, porque éste es el síntoma de un deterioro del funcionamiento de uno de los matices fundamentales de la existencia misma de lo humano.

Las situaciones de violencia expresan siempre una situación de abuso de poder pero también un profundo sufrimiento, sobre todo de las víctimas, pero también de los perpetradores; así como de los diferentes miembros de la red social, de la comunidad donde esta violencia se produce.

El hecho de que aquí, en Chile, me interesara por los efectos de la violencia resultado de las injusticias sociales primero y posteriormente por las consecuencias de la violencia organizada, resultado de la política represiva, dictatorial, para comprometerme luego en la terapia de los protagonistas de la violencia familiar, no es una mera coincidencia. Estas etapas expresan mi necesidad esencial de comprender y sobre todo de actuar contra la violencia buscando los vínculos que pueden existir entre estas diferentes manifestaciones.

La clínica me ha enseñado que todas estas violencias lo que tienen en común es: Emergen en sistemas humanos donde existen interacciones y comportamientos violentos y abusivos, resultado de los trastornos de la vinculación o apego que se traduce en un trastorno de la empatía que tendría que existir entre los pertenecientes a la especie o al género humano; un sistema de creencias que permite, a quien abusa, justificarse o mistificar el abuso de poder y la violencia sobre sus víctimas; un contexto que facilita los trastornos de la vinculación o trastornos del apego y la emergencia y la permanencia de estos sistemas de creencias.

Lo que caracteriza la peor de las violencias es su contenido ideológico, cuando el sujeto abusador está convencido de que sus percepciones, sus representaciones de sí mismo, de su familia, de su hijo, de su historia y su mundo que le rodea, son la realidad objetiva.

La singularidad del abusador está en lo que él cree. En su sistema de creencias, el abuso no es abuso sino un acto justificable y/o necesario; así el dictador, el torturador, el padre o madre violenta y maltratadora, abusan en contextos diferentes, pero lo que los une es que están convencidos de que lo que hacen es legítimo y necesario.

El drama de estos sujetos violentos y abusadores es que no saben que sus lecturas, sus creencias que ellos consideran "la realidad", no son otra cosa que una imagen mental, "un mapa", una representación que corresponde sólo a la forma en que él o ella perciben la realidad. La diferencia fundamental entre los violentos y los no violentos, entre ellos y nosotros, es que ellos se aferran fanáticamente a sus creencias, lo que les impide liberarse del peso de esos comportamientos e ideologías destructoras. A diferencia de ellos, de los violentos y las violentas, de los maltratadores y las maltratadoras, de los torturadores y de las torturadoras, nosotros los profesionales sabemos que toda representación de la realidad, todo sistema de creencias no es más que eso, "el mapa no es el territorio" (Korzybski, citado por Bateson, 1970). A diferencia de los abusadores, hemos aceptado que nuestras percepciones como dice Huneus (1986) no son *imaculadas percepciones*.

UNA DEFINICIÓN Y UNA TIPOLOGÍA DE LA VIOLENCIA A PARTIR DE LA EMERGENCIA DEL OBSERVADOR

Permitáame, antes de exponer mi modelo comprensivo de la violencia, abordar el problema de su definición y distinción de los diferentes tipos. Si aceptamos que toda definición de la realidad, toda conceptualización, es una manera personal de distinguir y explicar los fenómenos que nos preocupan,

tenemos que aceptar que, de acuerdo con las adquisiciones y las pertenencias sociales y culturales de cada uno, existirán tantas definiciones de violencias como personas.

Este fenómeno "autorreferencial" nos conduce también a enunciar que cada sujeto, que cada persona, que cada hombre, que cada mujer, en resonancia con su grupo familiar y social de referencia, hablará de violencia para referirse a determinadas situaciones excluyendo otras, presentando además diferentes niveles de tolerancia emocional frente a cada situación, así como "pragmáticas" diversas para enfrentarla. A este respecto, es importante recordar las investigaciones sobre la biología de la percepción, realizadas entre otros por Humberto Maturana y Francisco Varela aquí en Chile, que nos enseñan que un individuo, determinado por su estructura, difícilmente podría distinguir sus ilusiones de sus percepciones, si no tuviera la posibilidad de dialogar con los otros. Nuestras percepciones son "realidades" en la medida que se consensúan como tales en el interior de una dinámica social (Maturana y Varela, 1984)

Por ejemplo, conocí a un padre que ataba a su hijo de tres años para que se mantuviese tranquilo, calmado su propia exasperación frente a los comportamientos turbulentos de su hijo. Él había expuesto su lectura del problema y su "solución" a su esposa, a los miembros de su familia e incluso a su médico tratante, a su médico de familia, obteniendo el beneplácito explícito de su esposa y el implícito de los demás. Él no percibía su comportamiento como maltrato, creía haber encontrado una buena solución a un problema que le perturbaba, y sus interacciones con el medio ambiente, por lo menos con su red social más próxima, se lo confirmaba.

Este ejemplo sirve para ilustrar que toda definición de un problema depende del observador; por lo tanto la realidad no es algo independiente al acto de observar. Un ejemplo de esta dependencia entre definición de un fenómeno y la existencia de observadores es el hecho que para aceptar la existencia de la violencia de los adultos sobre los niños como realidad social se necesitarán cientos de años.

La existencia de la infancia sin protección y el maltrato infantil son una realidad aceptada por la sociedad sólo desde los años sesenta, a pesar de la previa existencia constante del fenómeno, y de que siempre han existido hombres y mujeres que se han alzado en contra del abuso del poder y la brutalidad de los adultos hacia los niños. Diversos autores, que no fueron escuchados en su época, testimonian que históricamente la norma ha sido que los niños no sean respetados como sujetos.

A lo largo de la historia siempre existieron sectores de la sociedad y pensadores que se rebelaron contra el maltrato infantil. Ya 400 años a.C.,

Platón aconsejaba en sus escritos a los maestros de las escuelas utilizar el juego para instruir a los niños en vez de reprimirlas. Pero desgraciadamente las voces de esos pioneros de la defensa de los derechos del niño fueron rápidamente ahogadas por las creencias sólidamente establecidas que decretaban que la educación y los métodos educativos eran un derecho absoluto de los adultos y/o de los padres (Ruth y Kempe, 1978).

Datos históricos dan cuenta no solamente de miles de situaciones de niños explotados y brutalizados por los adultos, sino también de que la infancia como período específico en donde el niño requiere ser protegido y cuidado para asegurar su crecimiento y bienestar existe en los países occidentales sólo a partir de los trabajos de Jean Jacques Rousseau en el siglo XVIII (Martínez-Roig y De Paul, 1993). Los historiadores están de acuerdo en que fue sólo a partir del siglo XIX cuando la suerte de los niños empezó realmente a ser un motivo de preocupación para ciertos sectores de la sociedad. Esto originó una reflexión sobre la naturaleza de los cuidados básicos que cabía proporcionar a los niños y sobre la responsabilidad de la sociedad en la protección y cuidado de la infancia.

En el campo de la medicina transcurrieron cien años entre la primera publicación científica que denunció la existencia del maltrato y el momento en que el mundo médico aceptó al fin que una serie de signos, tales como heridas, fracturas y quemaduras sobre el cuerpo del niño podían provenir de golpes propinados por adultos. Este período se sitúa entre el momento en que Ambroise Tardieu, profesor de medicina legal en París, apoyándose en resultados de autopsias, describe 32 casos de niños quemados o golpeados hasta la muerte, y la presentación en 1961 de Henry Kempe, en la Academia Americana de Pediatría, del "síndrome del niño golpeado" (Kempe y col., 1962).

La aceptación de la existencia de niños maltratados y abusados por los adultos ha sido, como en el caso de la violencia a la mujer o el de la tortura, el resultado de un largo proceso de cuestionamiento de las representaciones que impiden la emergencia de este fenómeno a la conciencia social. El proceso de reconocimiento de esta realidad ha sido el resultado de una co-construcción mental, en el interior de un campo social y durante un período histórico, gracias a la valentía de muchas justas y justos que han sido capaces de ir en contra de la corriente del silencio y de la cobardía de lo impensable.

El desafío actual, cuando hablamos de violencia hacia los niños, no es solamente que los observadores acepten la existencia de esta violencia impensable, esta violencia invisible; que acepten que los adultos somos capaces de una forma abusiva de hacer daño a los niños y a las niñas, sino que es importante como una segunda etapa que el mundo científico acepte que la violencia de los adultos sobre los niños es una de las raíces de todas las otras

formas de violencia y que detrás de todo acto o comportamiento violento de un niño, de un joven o de un adulto, existe una experiencia de malos tratos en los que se han mezclado diferentes formas de violencia social, familiar, física, psicológica, sexual o de negligencia y abandono.

LA TIPOLOGÍA DE LA VIOLENCIA A LA LUZ DE LA FENOMENOLOGÍA DE LA OBSERVACIÓN

Nuestra tipología emerge en la interacción de dos campos, a saber, el campo propio del fenómeno y el campo del observador. Desde el punto de vista del fenómeno distinguiremos la violencia activa que se refiere a todos aquellos comportamientos y discursos que implican el uso de la fuerza física, sexual y/o psicológica, que provocan daño en personas que se encuentran en una posición de desventaja en las relaciones de poder; y la violencia pasiva o de omisión para referirnos a la violencia de la indiferencia, la negligencia, el abandono y la falta de solidaridad. Hacer esta distinción entre estos dos tipos de violencia nos permite además profundizar en dos dinámicas experienciales para las víctimas, procesos que hemos llamado las "carreras morales de las víctimas de la violencia" (Barudy, J., 1997). Cada tipo de violencia provoca en la víctima un proceso de traumatización que le es propio, así como un proceso de adaptación a la situación o de resocialización secundaria con aprendizajes específicos relacionados con los contenidos de la violencia, gestándose así carreras morales particulares.

LA VISIBILIDAD DE LA VIOLENCIA

La violencia activa y su visibilidad. Todo comportamiento o discurso violento tiene un valor comunicativo; el contenido del mensaje recibido por la víctima dependerá, entre otros, del modo de comunicación, del contexto en el cual ésta se realiza y del estado estructural de la víctima.

En los casos de *violencia física* los mensajes maltratadores son comunicados a través de golpes, ya sea propinados directamente con las manos, los pies o la cabeza del adulto, o con diferentes instrumentos y armas. Este tipo de violencia se produce en un contexto a menudo imprevisible, provocando en la víctima una "carrera moral" caracterizada por el aprendizaje forzado a través del terror, la impotencia y la sumisión. Esta violencia debería ser siempre visible para "los observadores" por las lesiones que se produzcan en el cuerpo de las víctimas; desgraciadamente esto no siempre es así, por las

consideraciones ideológicas clasistas, sexistas o adultistas de los observadores, o simplemente como expresión de violencia pasiva que impide a los observadores reconocer al otro como una víctima de esta violencia física.

Las personas, los niños o los adultos que son víctimas de violencia activa tienen de alguna manera más posibilidad de identificar la fuente de su agresión, la fuente de su violencia, y tienen más posibilidad de vivirse como víctimas de la violencia que las víctimas de una violencia pasiva, quienes generalmente no tienen la posibilidad contextual de darse cuenta de que son víctimas de esta violencia pasiva, de esta violencia por omisión, y tienen mucho más posibilidad de terminar siendo o sintiéndose culpables de la situación de violencia que les ha hecho daño.

La violación y los abusos sexuales corresponden a otro tipo de violencia activa. Aquí "el mensaje" violento y denigrante es vehiculado por los comportamientos sexuales abusivos del o de los perpetradores, siendo en su mayoría hombres, tanto en los casos de violación de adultos como en el caso de los abusos sexuales de niñas y niños. Por otra parte, la mayoría de las víctimas son mujeres, lo que introduce una connotación cultural sexista y patriarcal evidente a este tipo de violencia.

La violencia sexual, aun cuando es visible por las lesiones que deja (sobre todo en casos de violación con violencia física, se hace rápidamente invisible e inexistente por las creencias patriarcales falocéntricas, aún fuertemente dominantes en nuestra sociedad, que atribuyen la causa de la violencia a la víctima, o bien de alguna manera se olvidan de la víctima por la fascinación "malsana" y voyeurista que provocan en los "observadores" los contenidos de estas agresiones. La invisibilidad de esta violencia es también resultado de la manipulación ideológico-religiosa y cultural de una experiencia humana tan fundamental como es la sexualidad, a través de mitos y tabúes.

La violencia psicológica, una de las violencias más invisibles, corresponde también a una violencia activa; aquí el instrumento de violencia es el gesto y la palabra que humilla, denigra, niega la existencia del otro, que lo rechaza o lo cosifica o, en otra versión de esta violencia psicológica, son los gestos y discursos que comunican confusión, alienación, aislamiento, fusión y/o coacción. A la luz de esta descripción sobre la violencia psicológica, valdría la pena preguntarse si en realidad no estamos cada vez más inmersos en un "ambiente social de violencia psicológica", me refiero no solamente a los contenidos racistas, clasistas, adultistas o sexistas que siempre han existido en la cultura dominante, sino también a la presión alienante invisible del consu-

mismo, que llegó, en el caso de Chile, junto o después del terror dictatorial. Esto transformó a una parte de los *homo-sapiens* postmodernos en sujetos idiotizados, acrílicos del consumismo, dispuestos a vender o comprar cualquier cosa real o virtual, para darse la ilusión de ser moderno, único, original, individualista, "consumidor". Lo que ellos no saben es que la mayoría está en lo mismo, de lo único "nada", de original "cero", de lo consumidor egocéntrico y desarraigado de su red social y de su comunidad, "mucho". Para ilustrar esto, basta constatar, por ejemplo, la violencia del pensamiento único, los estereotipos de la belleza masculina y femenina que nos imponen, los procesos de neo-ritualización o de cohesión social basados en una emocionalidad superficial y manipulada, de los eventos o resultados del fútbol. A los que nos queda un poco de reflexión crítica no nos cuesta mucho darnos cuenta que esta política de los eventos y todo lo que pasa alrededor del fútbol no es más que un circo planificado y orquestado por el poder económico, por una marca de cerveza, de detergente, de electrodomésticos o de chicle, etc.

La visibilidad de la violencia pasiva. Permítanme algunas palabras para referirme a este tipo de violencia pasiva o a la pasividad de la violencia. Podemos hablar de violencia pasiva cada vez que de una manera deliberada o por una actitud extraordinariamente negligente o indiferente, los miembros de una comunidad, y en especial sus responsables, no hacen nada o muy poco para evitar el sufrimiento de sus semejantes y/o no agotan sus posibilidades para hacer todo lo necesario para crear dinámicas solidarias y de justicia que permitan que cada persona sea respetada en sus derechos y tenga lo necesario para satisfacer sus necesidades esenciales.

Las consecuencias, muchas veces, de esta violencia son visibles, basta con "mirar" para ver que existe la pobreza, la marginalidad y la exclusión social en la que viven miles y millones de personas en nuestro planeta y miles y millones en este país. La pobreza es un fenómeno terrible, sobre todo para los que son pobres. Es quizás la indiferencia, esta ceguera para comprometerse y tratar de cambiar esta situación, pero también la impotencia, la que empuña los ojos de los "observadores" y la que hace de esta violencia una de las más invisibles, a pesar de su gran visibilidad.

La violencia de la pobreza, de la exclusión social, es suficientemente desagradable para que cada uno de nosotros en algún momento deseemos ignorarla, deseemos negarla porque entre otras cosas nos podría haber tocado a nosotros. Siendo un fenómeno silencioso e insidioso es fácil de negar y además porque la pobreza concierne a personas diferentes a los investigados, a nosotros los profesionales, y su violencia es el resultado de la "patología del amor", por lo tanto, la negación de una parte de cada uno de nosotros.

VIOLENCIA AGRESIVA Y VIOLENCIA IDEOLÓGICA

Al referirnos a la violencia como concepto y a sus tipologías lo hemos hecho desde la perspectiva del observador. Ahora intentaremos adentrarnos sobre el fenómeno en tanto cual, sin olvidar, por supuesto, que "el mundo tal como lo observamos, es el mundo de los sistemas observantes en que la manera de observar modifica lo ya observado" (Von Foerster, 1981).

La observación de un sistema humano —una familia, una institución o una comunidad— suficientemente sano, cuyos miembros están ligados por un apego sano, nos permite constatar que los adultos entre ellos y con los niños están vinculados por afectos, comportamientos y sistemas de creencias cuyos objetivos están destinados a promover y proteger la vida, así como a facilitar el crecimiento de sus miembros. Además, todos ellos están destinados a asegurar la continuidad de la especie. Estos comportamientos asociativos, a través de los cuales se distribuyen en forma más o menos justa los recursos existentes en el entorno, corresponden a lo que los etólogos llaman un funcionamiento basado en los comportamientos sociales "altruistas", es decir, comportamientos individuales que producen consecuencias benéficas para el conjunto de sistemas.

El modelo comprensivo de la violencia humana que quiero presentarles se organiza a partir de tres pilares:

1. Los trastornos del apego o de la vinculación interpersonal, a saber, trastornos de la empatía por ausencia de experiencias de "sintonía" en las relaciones infantiles tempranas.
2. Los trastornos de la representación sobre la naturaleza de las relaciones interpersonales, incluyendo los sistemas de creencias que denigran a las personas y que rellenan los vacíos de la empatía.
3. Los contextos ambientales y/o humanos que interfieren en el desarrollo integral de todos los miembros de una sociedad; me refiero, por ejemplo, a la pobreza y la exclusión social y/o a los contextos desarrollistas y consumistas que conllevan entre otros a la destrucción de la naturaleza.

Permítanme ahora exponerles mi modelo, utilizando la familia como territorio ecosistémico. Esto, por dos razones, porque es a través del estudio de la violencia en la familia que llegué a esta distinción entre violencia agresiva y violencia ideológica, y también porque el estudio de ésta puede ayudarnos a establecer asociaciones sobre lo que pasa en sistemas humanos más complejos, como una comunidad o la sociedad en su conjunto.

Para promover un ambiente altruista, en donde la emocionalidad predominante sea la emocionalidad del amor (Maturana, 1991), el sistema familiar

posee recursos biológicos naturales, pero además mecanismos reguladores de estos recursos.

Los recursos que a nosotros nos interesan son:

1. El apego, con su resultante relacional: la empatía.
2. La agresividad.
3. La sexualidad.
4. La capacidad de simbolizar la experiencia a través de la palabra.

Los mecanismos corresponden al conjunto de rituales —comportamientos y representaciones— que cumplen el rol de control y de reguladores emocionales para garantizar las funciones familiares y mantener la cohesión del conjunto de la familia.

Cuando estos rituales fallan los miembros de la familia se ven confrontados a desbordamientos emocionales que se expresan en una o todas las formas en el fenómeno de violencia familiar. En esta perspectiva, la violencia familiar es la consecuencia de una perturbación de las relaciones de apego y un fracaso en los rituales que regulan las emociones suscitadas por los intercambios interpersonales que se producen en este territorio singular que es la familia. El concepto de ritual humano puede ser considerado como una forma singular de "conversación" (Maturana H., 1991). Más precisamente de una metaconversación, es decir, una conversación que ordena y rige las emociones desencadenadas por las otras conversaciones en el interior de una familia. El aspecto "parlante" que distingue a la humanidad de los otros animales será considerado en una doble dimensión. Por un lado como un instrumento que permite apaciguar y prevenir la violencia; pero por otro lado, como sistemas de creencias que interfieren en la regulación de las emociones interpersonales. En este caso la palabra puede crear también mundos y creencias que derrotan a los mecanismos ritualizados para regir las emociones, siendo también origen o herramienta de violencia.

Cuando los que fallan son los rituales humanos encargados de manejar la agresividad en el interior de la familia, el resultado es *la violencia y el maltrato físico*. Si lo que falla son los rituales que regulan la atracción sexual entre los adultos y entre estos y los niños, ligados por la experiencia del apego, las consecuencias serán *los abusos sexuales*.

Cuando la palabra es utilizada sistemáticamente para manipular y/o destruir, nos encontramos en presencia de una situación de *maltrato psicológico* asociada tanto a la violencia física como a la sexual. Sin embargo en todas estas situaciones dramáticas, físicas, sexuales y psicológicas, a pesar de la deficiencia o la derrota de los rituales, persisten los lazos entre los sujetos que componen la interacción.

En el caso del *abandono o negligencia*, falla parcial o totalmente la existencia misma de vínculos intrafamiliares o relaciones de apego. Hoy día sabemos que el apego es uno de los elementos fundamentales de la vinculación humana y que las situaciones de violencia, entre ellas las situaciones de violencia intrafamiliares, sobre todo de la violencia de los adultos hacia los niños, está generalmente relacionada con trastornos del apego. Son trastornos de la vinculación primaria que se producen en la vida del ser humano. En estos casos los rituales no existen, porque los miembros de la familia son casi "transparentes" los unos para los otros, es decir no significan nada el uno para el otro.

AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA AGRESIVA

Para permanecer vivos y desarrollarse los organismos vivientes tienen que destruir y "devorar" a otros. La agresividad es una función fundamental, es una energía, es una fuerza emocional que es necesaria no sólo para alimentar a los miembros de la familia, sino también para adaptarse y enfrentar los desafíos y defenderse de los ataques que vienen del exterior, del medio ambiente. *La agresividad* corresponde a esta mezcla de emociones, de comportamientos y de palabras presentes en una familia y en un grupo que cumple con esta finalidad. La agresividad, como decíamos, es considerada en este modelo como algo profundamente positivo, como esta experiencia emocional ligada a comportamiento y ligada a discurso que están vinculadas a lo que Maturana llama la función autopoietica. La función autopoietica es fundamentalmente la función destinada a producir, a mantener, a proteger y a reproducir la vida.

Cuando se reflexiona sobre agresividad en general, animal o agresividad humana, lo importante de la agresividad es su regulación. Es decir, el desafío es el manejo adecuado de la agresividad, o sea la necesidad de activar la pulsión agresiva frente a determinadas situaciones y la necesidad de frenar la pulsión agresiva frente a otras, y estas dinámicas del manejo de la agresividad al interior de un sistema familiar, al interior de un grupo, son los rituales. Respecto a estos rituales los animales nos dan experiencias, nos dan ejemplos maravillosos de ritualización de la agresividad, y ustedes comprenderán que como los animales no tienen acceso a la palabra, la ritualización de la agresividad se realiza fundamentalmente a través de la comunicación analógica y de la comunicación de los gestos y de los comportamientos.

Si el principio de la vida misma impone la necesidad de destrucción de otros seres vivientes, el desafío para los miembros de una familia será evitar su autodestrucción y la destrucción de aquellos que constituyen su tejido

social. El manejo de la agresividad familiar tiene una doble finalidad: por una parte mantener una cierta "indiferencia afectiva" hacia otros organismos vivos que sirven de "alimento", y por otra parte controlar la agresividad interior por rituales destinados a evitar "comerse" y destruirse los unos a los otros.

La observación de ciertas dinámicas nos permite ilustrar esta situación. Por ejemplo, los ratones por su configuración corporal y sus movimientos son estímulos poderosos para la agresividad de los gatos, cuando estos los atrapan, los matan y se los comen sin ningún remordimiento. Lo que permite a un gato matar a un ratón no es solamente su agresividad, sino también la ausencia en su mundo de la capacidad de representarse el mundo del ratón y comunicarse con él. La ausencia de un canal que permita la comunicación entre dos especies demasiado diferentes es lo que explica que una pueda destruir a la otra. El padre o la madre maltratador se encuentran en el mismo estado que un gato en relación con un ratón, cuando por razones internas o por razones que dependen del medio ambiente golpean a sus hijos. Pero aquí, a diferencia del significado del ratón para el gato, sus hijos forman parte de su cuerpo familiar. Algo terrible ocurre a esos padres que les impide ritualizar su agresividad, y por eso dañan a sus propios hijos.

Uno de los desafíos de la familia humana es el control de la agresividad de sus miembros. Diferentes observaciones etiológicas nos enseñan que para destruir o para hacer daño a algunos de su especie o de su familia, es necesario que los rituales que mantienen los vínculos afectivos y la sincronización de los miembros en un sistema se debiliten o desaparezcan (Cyrulnick, 1991). Por otra parte estas mismas observaciones nos enseñan que en las familias animales y en las humanas los rituales destinados a manejar la agresividad constituyen una estructura homeostática, de tal manera que toda variación de agresividad en una parte del sistema va acompañada de respuestas compensatorias en otra parte, dirigidas a mantener el equilibrio global.

Los animales manejan su agresividad en la manada con gran eficacia. Por ejemplo, en una manada de lobos existe mucha agresividad flotante, es cosa de observar desde el exterior el funcionamiento de una manada para darse cuenta cómo esta agresividad existe. Están los gruñidos, están los gestos que al observador nos parecen agresivos. Si ustedes observan el funcionamiento de una manada de lobos en una situación de equilibrio ecológico, van a ver cómo esta agresividad está ritualizada para mantenerla de una forma eficaz al servicio de la manada, tanto para atacar como para poder conseguir las presas necesarias para la alimentación. Ustedes observan por ejemplo cómo los lobos o los lobos no dominantes en determinados momentos tienen comportamientos provocadores hacia los dominantes y cómo en un momento

determinado los dominantes reaccionan con un gesto agresivo, ya sea con un gruñido, incluso con un zarpazo, que tiene un valor comunicativo; es decir, transmite un mensaje, que puede incluso doler, pero no destruir. ¿Qué es lo que se observa posteriormente? Se observa que una vez que el lobo ha recibido este mensaje, presenta un gesto de sumisión, como alejarse o bajar las orejas o ponerse de espalda, presentar el cuello, etc., y será suficiente para interrumpir la secuencia agresiva. La agresividad ha sido ritualizada, y ha sido ritualizada en beneficio de la manada y también para mantener la jerarquía en el grupo. De esta manera, los lobos, como otros animales, en condiciones de equilibrio ecológico no dejan jamás que su agresividad se transforme en violencia al interior del grupo. Cuando la manada es perturbada por un desorden ecológico que desorganiza los rituales destinados a manejar la agresividad en el grupo, es probable que la secuencia agresiva no se interrumpa y se transforme en violencia destructiva.

La "manada" humana no es totalmente diferente a la familia de los lobos u otros animales; en ella la agresividad también debe equilibrarse entre dos fuerzas antagónicas: la de agredir y la de apaciguar. Como ya hemos dicho, a diferencia de los animales, en el humano existen también la palabra y la representación. Esto facilitará el manejo de la agresividad en algunos casos y la obstaculizará en otros.

El ritual no es solamente un mecanismo que permite la regulación de los intercambios agresivos dentro de la familia, sino que también organiza la atribución de roles, tareas y funciones de los miembros del sistema para afrontar las situaciones conflictivas. Los rituales también permiten reencóntrarse, dialogar y asegurar el respeto a las personas implicadas en la interacción. Estos rituales son necesarios para la supervivencia de la familia; cualquier falla puede desencadenar una situación de violencia que ponga en peligro a algunos o a todos los miembros del sistema familiar. En otras palabras, los comportamientos que constituyen un ritual son símbolos que transmiten mensajes.

Si se analiza por qué esta ritualización es posible al interior de una manada o al interior de una familia, es porque existen vinculaciones entre los diferentes miembros que la componen. Podemos decir que los miembros de la manada están relacionados por la experiencia del apego. El nuevo dominante y el lobo dominante están vinculados por el apego. Diferente es cuando un gato se enfrenta con un ratón, en el cual no hay una vinculación de apego. Al contrario, el ratón es un estímulo a la agresividad del gato, en la medida que el ratón es el alimento para el gato. Por lo tanto si un gato encuentra un ratón lo cazará y se lo comerá. Imagínense ustedes ahora que los ratones aprendan a hablar el lenguaje de los gatos y que de alguna manera

aprendan también cómo tocar la emocionalidad altruista de los gatos, y que el ratón o la ratita se ponga de rodillas y le pida llorando al gato "no me mates por favor, porque soy madre de familia y tengo ratitas", etc., y le toque la emocionalidad o el altruismo social del gato y el gato empieza a dejar de cazar ratones. Lo más probable es que esto va a provocar mucha hambre en su familia y seguramente el gato al final va ser expulsado de su grupo. Esta metáfora es importante porque nos permite hablar de la importancia de la vinculación en la ritualización de la agresividad. Para que exista ritualización de la agresividad tiene que haber una existencia y un vínculo, es decir, que las personas que participan en este fenómeno social sean parte también de un mismo mundo sensorial, perceptual y conceptual.

LA VIOLENCIA AGRESIVA

En situaciones de equilibrio ecológico, una familia no produce violencia en su seno si los diferentes miembros que la componen están vinculados por un apego sano y si los rituales permiten controlar la agresividad manteniendo una distancia adecuada que asegure al mismo tiempo un sentido de pertenencia y una experiencia de individuación.

En situaciones donde esto no ocurre, si no hay vinculación, si no hay apego, la agresividad no puede ser ritualizada y las emociones interpersonales intensas y no controladas pueden conducir a una "explosión" de comportamientos, gestos y palabras que golpean e incluso destruyen a uno o varios miembros de la familia. La existencia de relaciones de poder asimétricas hace que esta fuerza agresiva incontrolada se dirija casi siempre desde el más fuerte hacia el más débil, es decir, del hombre hacia la mujer, del adulto hacia el niño, y del adulto hacia el anciano.

Este desbordamiento agresivo que corresponde a lo que nosotros llamamos "la violencia agresiva" puede aparecer dentro de una familia en las condiciones siguientes:

1. Cuando la familia se enfrenta a amenazas vitales como consecuencia de un desorden ecológico, esta situación puede desencadenar un desbordamiento de la agresividad, agotándose los rituales normales destinados a controlarla.
2. En casos de familias en equilibrio ecológico, pero donde los rituales fallan o se agotan rápidamente como consecuencia de los trastornos del apego y/o fallas de la capacidad simbólica de la palabra.

A continuación describiremos estas dos situaciones:

La violencia agresiva como resultado del desorden ecológico. En este caso, una ruptura del equilibrio ecológico de la familia puede producirse ya sea por la reducción brusca del hábitat familiar o por la invasión de estímulos estresantes que hacen fracasar todo el funcionamiento ritualizado. Nos referimos aquí a las situaciones creadas por la pobreza, el desempleo o la acumulación de factores estresantes en la vida de una familia. Un medio demasiado rico en información y estimulación puede también facilitar la aparición de la violencia. En este caso estamos en presencia de una violencia agresiva como consecuencia de una *sobrecarga de estímulos ambientales estresantes*. Las familias que viven en barrios superpoblados en las grandes ciudades son las que se encuentran en esta situación, al ser familias bombardeadas por demandas múltiples ligadas al carácter consumista de nuestra sociedad. Cuando las informaciones y las demandas llegan a todos lados sumergiendo a los individuos y a las familias en un océano de estímulos los rituales pueden fallar y las relaciones de apego alterarse.

Como hemos visto, los padres de hoy son bombardeados masivamente por la publicidad, que les presenta imágenes estereotipadas de niños casi perfectos que, por su carácter irreal construido por las políticas de mercado, no corresponden a la naturaleza real del niño. Comparado con estos niños virtuales, cualquier niño está en desventaja y los padres pueden sentirse frustrados con ellos, sobre todo si sus propias vidas de niños les han "fragilizado" la identidad y la autoestima.

La violencia agresiva como resultado del fracaso de los rituales por trastornos del apego. Una mirada etológica nos permite encontrar en las fallas de la regulación de la distancia entre sí mismo y el otro, lo que equivale a trastornos de la empatía, otros factores explicativos de la emergencia de la violencia agresiva. Esta violencia puede aparecer en un contexto relacional caracterizado por una gran distancia o, al contrario, por una gran proximidad.

La existencia de una gran distancia entre los sujetos impide la ritualización de la agresividad. Esta gran distancia que puede ser física, emocional, intelectual o de los tres tipos a la vez, no permite el intercambio de emociones y de ideas entre los pertenecientes a un mismo cuerpo social y/o familiar.

Por ejemplo, los jefes del campo de concentración donde nos encontramos en Chile impedían todo contacto entre los prisioneros y los guardianes. Cada uno de nosotros era designado con un número, sin poder jamás dirigir la palabra a un guardia: solamente podíamos responder a sus preguntas. En el caso de los torturadores era parecido; los torturadores estaban entrenados para hacer daño y por ese motivo les habían formado para mante-

ner una distancia afectiva con nosotros, de tal manera que no podían establecer ninguna comunicación con sus víctimas fuera de los interrogatorios. Si esto ocurría, era sólo con el objetivo de manipular a la víctima, a quien hacían creer que eran sus aliados para obtener la información que buscaban. Esto corresponde a una técnica que consiste en utilizar dos torturadores, uno que juega el rol del bueno y otro del malo, para confundir y someter a la víctima.

A diferencia de los torturadores, a los padres que golpean a sus hijos los "formaron" sus experiencias familiares y sociales, donde ellos fueron "torturados" por sus propios padres en un contexto comunicacional que les impidió reconocer sus propios sufrimientos y desarrollar la compasión. A kilómetros de distancia de sus propias experiencias les es imposible sentir o representar el dolor que provocan a sus hijos.

Una gran proximidad relacional puede también impedir o dificultar el funcionamiento de los rituales. Por ejemplo, en los casos en que los padres están convencidos de ser los propietarios exclusivos de los niños no existe la distancia necesaria para asegurar el respeto del niño como sujeto. "La proximidad afectiva obstaculiza el ritual transformando el cuerpo del otro en algo accesible a cualquier emoción; no se necesita un ritual para tocar su propio cuerpo" (Cyrulnik, 1992).

Esta situación explica que cualquiera sea la cultura, la familia puede llegar a ser el lugar donde todas las violencias son posibles, porque este pequeño conjunto humano cimentado por la afectividad, la sexualidad, la educación de los niños y las obligaciones sociales, organiza un campo afectivo tan próximo que el ritual puede perder fácilmente su efectividad. En una pareja, por ejemplo, la emoción provocada por un conflicto puede ser muy difícil de manejar porque la proximidad afectiva no deja un espacio para crear un ritual. Por eso a veces es necesaria la intervención de un tercero para reinstalar una distancia que permita la ritualización de los intercambios.

La violencia agresiva como resultado de una falla o ausencia de conversación. A diferencia de los animales, los seres humanos poseen además la palabra como un metaritual que tiene un efecto regulador de la agresividad. Desgraciadamente nuestras experiencias nos enseñan que a menudo los padres golpean a sus hijos porque no tienen un lenguaje adecuado para hablarles. "¿Cómo quiere usted que lo haga!", decía una madre que no podía controlar a sus hijos de cuatro y seis años sino a través de golpes y castigos, "si cuando les hablo no me escuchan". Esta madre no se daba cuenta que sus mensajes verbales eran descalificados por sus propios gestos, e incluso por el carácter ambiguo de sus palabras: "Por favor, sé bueno con tu mamá, deja de jugar y obedécerme". Con una orden de ese tipo los niños no dejaban de jugar, no

obedecían, lo que enfrentaba a la madre con su impotencia y con el sufrimiento de no ser reconocida por sus hijos.

LA VIOLENCIA IDEOLÓGICA O LA INTOXICACIÓN DE LA PALABRA

Como ya indicamos, siguiendo las ideas de Maturana (1984), la experiencia emocional que permitió la emergencia del lenguaje humano en la evolución natural de los seres vivos fue la sensualidad del amor. El lenguaje que hoy conocemos y utilizamos fue el resultado de la coexistencia y la transformación de los participantes en la convivencia. Según este autor, la palabra no habría existido jamás sin una historia de convivencia; por lo tanto, esta capacidad de comunicar a través de la palabra es el resultado de compartir reconociendo al otro como un "otro" en la relación.

La palabra introducirá otro elemento fundamental para la especie humana en lo que se refiere a la regulación de la agresividad. Se puede afirmar que, gracias a la palabra, la especie humana es una de las que tiene más acceso al mundo de los seres vivos; por lo tanto, debería ser la que tiene las mayores posibilidades de respetar la naturaleza, la vida y los derechos humanos. Desgraciadamente son numerosos los ejemplos que nos muestran en forma dramática la enorme capacidad destructiva de los seres humanos como resultado de sus representaciones, ya sean ideológicas, religiosas o científicas.

Maturana y Varela (1984) en su libro "El árbol del conocimiento", que ha influido profundamente en mi práctica clínica, hacen referencia a la existencia en el zoológico del Bronx de una jaula vacía en el pabellón destinado a los primates. Cuando un visitante se aproxima a esta jaula se ve a sí mismo entre los barrotes en un gran espejo situado al fondo de la misma. Bajo su imagen reflejada se lee un letrero que dice "El primate más peligroso del planeta". Aclara la leyenda que el hombre ha matado a más especies sobre el planeta que ninguna otra especie conocida.

Cada vez que los miembros de un sistema humano creen que su forma de ver y comprender el mundo a través de sus creencias son verdades absolutas que hay que defender a cualquier precio, por encima de la experiencia emocional de reconocer al otro como un semejante, incluso destruyendo a otros, estamos en el límite donde comienza la violencia ideológica. A diferencia de la violencia agresiva, que proviene de una falla de rituales comportamentales y verbales destinados a manejar la agresividad en el grupo, la violencia ideológica es el resultado de creencias destructoras que impiden la utilización adecuada de estos rituales.

En este caso, las representaciones y las creencias son más importantes que la "biología del amor". La creencia y la idea que nos hacemos de alguien es más importante que su condición de ser vivo. En este contexto, el otro ya no es un semejante en la sensualidad del amor y la coexistencia, sino que él o ella, niño, mujer u hombre son "una cosa" o "un objeto" vivido como peligro, que amenaza el sentido de pertenencia y seguridad, sobre todo de los miembros dominantes del sistema.

A partir de estas creencias, los sujetos o los sistemas violentos legitiman el sufrimiento, los castigos y/o la destrucción que producen. Encontramos este fenómeno de no respeto por la vida en todas las formas de violencia organizada a partir de una ideología: la tortura, la persecución religiosa, así como en la violencia familiar y/o institucional, donde las víctimas de las ideologías abusivas de los adultos son los niños.

No se olviden que millones y millones de seres humanos han sido exterminados a partir de creencias religiosas. No nos olvidemos que siete millones de seres humanos, como ustedes y yo, fueron exterminados por ser judíos, es decir porque fueron vividos en la representación ideológica de otro grupo humano como no humano, lo que es trágico. No nos olvidemos que cientos de chilenos y chilenas fueron torturados, asesinados, exiliados o desaparecieron como consecuencia de esta violencia ideológica.

En las situaciones de violencia ideológica producidas en el interior de la familia, las víctimas no sólo reciben malos tratos, se abusa de ellas o son traumatizadas por los adultos, sino que además se les obliga a adoptar las ideologías que la justifican. Así, el carácter mórbido de estas situaciones es que la violencia emerge además en un contexto que mistifica o niega a los sujetos la posibilidad de reconocerse como víctimas de maltrato y/o de nombrar al autor y a los instigadores del mismo. La verdadera significación de los gestos violentos está camuflada o simplemente negada. Los golpes serán presentados como "gestos necesarios para el desarrollo sexual de las niñas". A menudo el niño no tiene ni siquiera el derecho de expresar el sufrimiento provocado por estas violencias. Así, una madre que golpea a su hijo puede prohibirle llorar, o un padre que abusa de su hija obligarla a que no se queje, con argumentos como "otras hijas serían felices de ser amadas así por su padre".

No nos olvidemos que la violencia ideológica puede ser también la violencia de nosotros mismos, la violencia de los profesionales que muchas veces creen fanáticamente, integradamente en sus modelos teóricos, en sus paradigmas teóricos, y se olvidan justamente de que sus modelos teóricos no son más que cartas de un territorio y no son nunca un territorio. No nos olvidemos que la violencia ideológica puede ser también el querer que el

sujeto se adapte a nuestras teorías en vez de adaptar nuestras teorías a la fenomenología de los sujetos.

Toda situación de violencia ideológica en la familia implica un proceso altamente traumático para la víctima, pero además un proceso de "lavado de cerebro" a través del cual el adulto, manipulando la dependencia del niño, le impone un conjunto de valores y representaciones del mundo que banalizan sus gestos maltratadores y abusivos.

Tanto la violencia agresiva como la violencia ideológica son diametralmente opuestas al sentido que le hemos dado a la "conversación" (Maturana, 1991), que constituye con certeza el más humano de todos nuestros rituales, en la medida que crea un campo sensorial estructurado en el que el otro será siempre respetado. A través de la conversación nuestros psiquismos se encuentran y expresan la afectividad que nos vincula dentro de un sistema. De esta manera, la palabra conversada evita, por su carácter regulador y mediador, la transformación de la agresividad en violencia y la posibilidad de reflexionar es un antídoto a la violencia ideológica. En el curso de este acto de conversar, que se repite infinitamente dentro de los sistemas humanos, especialmente en la familia, se intercambian los afectos, al mismo tiempo que se cuentan las historias que precisan las identidades de cada uno y el sentido de pertenencia a una misma comunidad de la cual todos somos interdependientes.

Muchas Gracias.